



3 1761 08831882 9

UNIV. OF  
TORONTO  
LIBRARY



BIDDING LIST FEB 1 1924








1

11



Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Toronto



Cambridge Plain Texts

101

ESPRONCEDA  
EL ESTUDIANTE DE  
SALAMANCA

14

CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS

C. F. CLAY, MANAGER

LONDON : FETTER LANE, E. C. 4

NEW YORK : THE MACMILLAN CO.

BOMBAY }  
CALCUTTA } MACMILLAN AND CO., LTD.  
MADRAS }

TORONTO : THE MACMILLAN CO. OF  
CANADA, LTD.

TOKYO : MARUZEN-KABUSHIKI-KAISHA

ALL RIGHTS RESERVED

E 779e

José de

ESPRONCEDA  
EL ESTUDIANTE DE  
SALAMANCA



185737

26.11.23.

CAMBRIDGE  
AT THE UNIVERSITY PRESS  
1922

VI

## NOTE

THE short life of JOSÉ DE ESPRONCEDA (1808-1842) is one of intense and hurrying activity. Even as a schoolboy (he was a pupil of Alberto Lista) he became involved in a political conspiracy; exiled at seventeen, he lived in Portugal, England and France, with that "Teresa" who inspired one of his finest outbursts of song. On the death of Fernando VII, in 1833, he returned to Spain, and spent nine feverish years as soldier, journalist, diplomat and politician in turn. He died, worn out by life, at thirty-three.

Espronceda is a Romantic of the Romantics, strongly influenced by the prevailing *desengaño* of the age, and in particular by that manifestation of it which we find in the works of Byron. He has left us poems of all kinds—lyric, dramatic, reflective, picturesque, historical, philosophic, popular. *El Diablo Mundo*, the most notable and most substantial of his poetic works, sets forth with something approaching coherence his sombre and rebellious views upon life, on which the shorter poems throw many sidelights. *El Estudiante de Salamanca* has quite a different interest, as representing a type of work which the Spanish Romantics, headed by Rivas and Zorrilla, brought very near to perfection: the treatment in verse of a fantastic national legend. Espronceda puts into his highly modernised romance all his powers of fancy and imagination, together with his consummate artistic skill. And as a result the legend which he presents can hardly be surpassed as an example of Romantic poetry in Spain.

E. ALLISON PEERS.

May 1922



# EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

## PARTE PRIMERA

Sus fueros sus brios,  
Sus premáticas, su voluntad.

QUIJOTE, *Parte primera.*

Era más de media noche,  
Antiguas historias cuentan,  
Cuando en sueño y en silencio  
Lóbrega envuelta la tierra,  
Los vivos muertos parecen,  
Los muertos la tumba dejan.  
Era la hora en que acaso  
Temerosas voces suenan  
Informes, en que se escuchan  
Tácitas pisadas huecas,  
Y pavorosas fantasmas  
Entre las densas tinieblas  
Vagan, y aúllan los perros  
Amedrentados al verlas:  
En que tal vez la campana  
De alguna arruinada iglesia  
Da misteriosos sonidos  
De maldición y anatema,  
Que los sábados convoca  
A las brujas a su fiesta.  
El cielo estaba sombrío,  
No vislumbraba una estrella,  
Silbaba lúgubre el viento,  
Y allá en el aire, cual negras

Fantasmas, se dibujaban  
Las torres de las iglesias,  
Y del gótico castillo  
Las altísimas almenas,  
Donde canta o reza acaso  
Temeroso el centinela.  
Todo, en fin, a media noche  
Reposaba, y tumba era  
De sus dormidos vivientes  
La antigua ciudad que riega  
El Tormes, fecundo río,  
Nombrado de los poetas,  
La famosa Salamanca,  
Insigne en armas y letras,  
Patria de ilustres varones,  
Noble archivo de las ciencias.  
Súbito rumor de espadas  
Cruje y un ¡ay! se escuchó;  
Un ¡ay! moribundo, un ¡ay!  
Que penetra el corazón,  
Que hasta los tuétanos hiela  
Y da al que lo oyó temblor.  
Un ¡ay! de alguno que al mundo  
Pronuncia el último adios.

El ruido  
Cesó,  
Un hombre  
Pasó  
Embozado.  
Y el sombrero  
Recatado  
A los ojos



Se caló.  
 Se desliza  
 Y atraviesa  
 Junto al muro  
 De una iglesia,  
 Y en la sombra  
 Se perdió.

Una calle estrecha y alta,  
 La calle del Ataúd,  
 Cual si de negro crespón  
 Lóbrego eterno capuz  
 La vistiera, siempre oscura  
 Y de noche sin más luz  
 Que la lámpara que alumbra  
 Una imagen de Jesús,  
 Atraviesa el embozado  
 La espada en la mano aún,  
 Que lanzó vivo reflejo  
 Al pasar frente a la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube  
 Con franjas de plata bordarla en redor,  
 Y luego si el viento la agita, la sube  
 Disuelta a los aires en blanco vapor:

Así vaga sombra de luz y de nieblas,  
 Mística y aérea dudosa visión,  
 Ya brilla, o la esconden las densas tinieblas,  
 Cual dulce esperanza, cual vana ilusión,

La calle sombría, la noche ya entrada,  
 La lámpara triste ya pronta a espirar,  
 Que a veces alumbra la imagen sagrada  
 Y a veces se esconde la sombra a aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,  
 Y acaso se acerca con rápido pie,  
 Y acaso en las sombras tal vez desaparece,  
 Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al más temerario corazón de acero  
 Recelo inspirara, pusiera pavor;  
 Al más maldiciente feroz bandolero  
 El rezo a los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aún sangre su espada  
 Destila, el fantasma terror infundió,  
 Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,  
 Osado a su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,  
 Alma fiera e insolente,  
 Irreligioso y valiente,  
 Altanero y reñidor:

Siempre el insulto en los ojos,  
 En los labios la ironía,  
 Nada teme y todo fía  
 De su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa  
 De la mujer que corteja,  
 Y, hoy despreciándola, deja  
 La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,  
 Ni recuerda en lo pasado  
 La mujer que ha abandonado,  
 Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños  
 Del que mató en desafío,

Ni turbó jamás su brío  
 Recelosa previsión.

Siempre en lances y en amores,  
 Siempre en báquicas orgías,  
 Mezcla en palabras impías  
 Un chiste a una maldición.

En Salamanca famoso  
 Por su vida y buen talante,  
 Al atrevido estudiante  
 Le señalan entre mil;

Fueros le da su osadía,  
 Le disculpa su riqueza,  
 Su generosa nobleza,  
 Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,  
 Caballescica apostura,  
 Agilidad y bravura  
 Ninguno alcanza a igualar:

Que hasta en sus crímenes mismos,  
 En su impiedad y altiveza,  
 Pone un sello de grandeza  
 Don Félix de Montemar.

---

Bella y más pura que el azul del cielo,  
 Con dulces ojos lánguidos y hermosos,  
 Dondé acaso el amor brilló entre el velo  
 Del pudor que los cubre candorosos;  
 Tímida estrella que refleja al suelo  
 Rayos de luz brillantes y dudosos,  
 Angel puro de amor que amor inspira,  
 Fué la inocente y desdichada Elvira.  
 Elvira, amor del estudiante un día,  
 Tierna y feliz y de su amante ufana,

Cuando al placer su corazón se abría,  
Como al rayo del sol rosa temprana:  
Del fingido amador que la mentía,  
La miel falaz que de sus labios mana  
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno  
De que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos  
Más descuidado el candoroso infante,  
Que ella en los falsos lisonjeros lazos  
Que teje astuto el seductor amante:  
Dulces caricias, lánguidos abrazos,  
Placeres ¡ay! que duran un instante,  
Que habrán de ser eternos imagina  
La triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto  
Con nacarado sueño en su pureza,  
Todo lo juzga verdadero y santo,  
Presta a todo virtud, presta belleza.  
Del cielo azul al tachonado manto,  
Del sol radiante a la inmortal riqueza,  
Al aire, al campo, a las fragantes flores,  
Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Félix la infeliz doncella  
Toda su dicha, de su amor perdida;  
Fueron sus ojos a los ojos de ella  
Astros de gloria, manantial de vida.  
Cuando sus labios con sus labios sella,  
Cuando su voz escucha embebecida,  
Embriagada del dios que la enamora,  
Dulce le mira, extática le adora.

## PARTE SEGUNDA

...Except the hollow sea's,  
Mourns o'er the beauty of the Cyclades.

BYRON, *Don Juan*, canto 4.

Está la noche serena  
De luceros coronada,  
Terso el azul de los cielos  
Como trasparente gasa.

Melancólica la luna  
Va trasmontando la espalda  
Del otero: su alba frente  
Tímida apenas levanta,  
Y el horizonte ilumina,  
Pura virgen solitaria,  
Y en su blanca luz süave  
El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo,  
Fúlgida cinta de plata,  
Al resplandor de la luna,  
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan  
Entre las espesas ramas,  
Y en el seno de las flores  
Tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,  
Y al desplegarse sus alas,  
Mecen el blanco azahar,  
Mueven la aromosa acacia,

Y agitan ramas y flores  
Y en perfumes se embalsaman:

Tal era pura esta noche  
Como aquella en que sus alas  
Los ángeles desplegaron  
Sobre la primera llama  
Que amor encendió en el mundo,  
Del Edén en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso  
Blanca silfa solitaria,  
Que entre el rayo de la luna  
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea  
Suelto el cabello a la espalda,  
Hoja tras hoja las flores  
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,  
Inquietas son sus miradas,  
Mágico ensueño parece  
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,  
Ora suspira, y se pára:  
Una lágrima sus ojos  
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla; es una ola  
Del mar que en fiera borrasca  
El viento de las pasiones  
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez  
Azorada se levanta;  
El jardín recorre ansiosa,  
Tal vez a escuchar se pára.

Es el susurro del viento,  
 Es el murmullo del agua,  
 No es su voz, no es el sonido  
 Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:  
 Recuerdos ¡ay! que te engañan,  
 Sombras del bien que pasó...  
 Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna  
 Las mismas son que miraran  
 Indiferentes tu dicha,  
 Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!  
 ¡Triste amante abandonada!  
 Esas hojas de esas flores  
 Que distraída tú arrancas,

¿Sabes adónde, infeliz,  
 El viento las arrebató?  
 Donde fueron tus amores,  
 Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,  
 ¡Pobres flores de tu alma!

---

Blanca nube de la aurora,  
 Teñida de ópalo y grana,  
 Naciente luz te colora,  
 Refulgente precursora  
 De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó  
 Tu pureza virginal,

Tu encanto el aire llevó  
Cual la ventura ideal  
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas  
Juguetes del viento son:  
¡Las ilusiones perdidas  
¡Ay! son hojas desprendidas  
Del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!  
¡Triste páramo cubierto  
Con la lava del dolor,  
Oscuro, inmenso desierto  
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,  
El sol cayendo en la mar,  
En la playa un aduar,  
Y a lo lejos un navío  
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta  
En fantástica ilusión,  
Y al ojo encantado ostenta  
Gratas visiones, que aumenta  
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal  
Trasparente de hermosura:  
¡Ay de ti! si por tu mal  
Rompe el hombre en su locura  
Tu misterioso cristal!

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,  
En tu misma desventura,



Que aún deleites te procura,  
 Cuando tu pecho suspira,  
 Tu misteriosa locura:

Que es la razón un tormento,  
 Y vale más delirar  
 Sin juicio, que el sentimiento  
 Cuerdamente analizar,  
 Fijo en él el pensamiento.

---

Vedla, allí va que sueña en su locura  
 Presente el bien que para siempre huyó;  
 Dulces palabras con amor murmura:  
 Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora  
 Cual si presente le mirara allí:  
 Vedla, que sola se contempla y llora,  
 Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino  
 Ha enturbiado su loco pensamiento,  
 Como nublo que en negro torbellino  
 Encubre el cielo y amontona el viento.

Y vedla cuidadosa escoger flores,  
 Y las lleva mezcladas en la falda,  
 Y, corona nupcial de sus amores,  
 Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío  
 Triste recuerdo el alma le importuna,  
 Y al margen va del argentado río,  
 Y allí las flores echa de una en una.

Y las sigue su vista en la corriente,  
 Una tras otras rápidas pasar,

Y confusos sus ojos y su mente,  
 Se siente con sus lágrimas ahogar:  
 Y de amor canta, y en su tierna queja  
 Entona melancólica canción,  
 Canción que el alma desgarrada deja,  
 Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

---

¿Qué me valen tu calma y tu terneza,  
 Tranquila noche, solitaria luna,  
 Si no calmáis del hado la crudeza,  
 Ni me dais esperanza de fortuna?

¿Qué me valen la gracia y la belleza,  
 Y amar como jamás amó ninguna,  
 Si la pasión que el alma me devora,  
 La desconoce aquel que me enamora?

---

Lágrimas interrumpen su lamento,  
 Inclina sobre el pecho su semblante,  
 Y de ella en derredor susurra el viento  
 Sus últimas palabras, sollozante.

\* \* \* \* \*

Murió de amor la desdichada Elvira,  
 Cándida rosa que agostó el dolor,  
 Süave aroma que el viajero aspira  
 Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores  
 Reflejó en su cristal la luz del día,  
 Mas la tierra empañó sus resplandores,  
 Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:  
 Alma celeste para amar nacida,  
 Era el amor de su vivir la fuente,  
 Estaba junta a su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,  
 Llena de amor murió y de juventud:  
 Despertó alegre una alborada hermosa,  
 Y a la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura  
 Al término postrero de su vida,  
 Y al abrirse a sus pies la sepultura,  
 Volvió a su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡la verdad amarga!  
 ¡El bien pasado y el dolor presente!...  
 ¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga  
 Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,  
 Su mejilla una lágrima abrasó;  
 Y así al infiel con temblorosa mano,  
 Moribunda su víctima escribió:

“Voy a morir: perdona si mi acento  
 Vuela importuno a molestar tu oído:  
 Él es, don Félix, el postrer lamento  
 De la mujer que tanto te ha querido.  
 La mano helada de la muerte siento...  
 Adiós: ni amor ni compasión te pido...  
 Oye y perdona si al dejar el mundo,  
 Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

“¡Ah! para siempre adios. Por ti mi vida  
 Dichosa un tiempo resbalar sentí,  
 Y la palabra de tu boca oída  
 Éxtasis celestial fué para mí.  
 Mi mente aún goza en la ilusión querida  
 Que para siempre ¡mísera! perdí...”

¡Ya todo huyó, desapareció contigo!  
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

“Yo las bendigo, sí, felices horas,  
Presentes siempre en la memoria mía,  
Imágenes de amor encantadoras,  
Que aún vienen a halagarme en mi agonía.  
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras  
Sombras, por siempre; mi postrero día  
Ha llegado: perdón, perdón, ¡Dios mío!  
Si aún gozo en recordar mi desvarío.

“Y tú, don Félix, si te causa enojos  
Que te recuerde yo mi desventura,  
Piensa están hartos de llorar mis ojos  
Lágrimas silenciosas de amargura,  
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,  
Concede este consuelo a mi tristura:  
Estos renglones compasivo mira;  
Y olvida luego para siempre a Elvira.

“Y jamás turbe mi infeliz memoria  
Con amargos recuerdos tus placeres;  
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,  
Dichas el mundo, amor otras mujeres:  
Y si tal vez mi lamentable historia  
A tu memoria con dolor trajeres,  
Llórame, sí; pero palpíte exento  
Tu pecho de roedor remordimiento.

“Adiós, por siempre adiós: un breve instante  
Siento de vida, y en mi pecho el fuego  
Aún arde de mi amor; mi vista errante  
Vaga desvanecida... ¡calma luego,

Oh muerte, mi inquietud!... ¡Sola... espirante!...

Ámame: no, perdona: ¡inútil ruego!

Adiós, adiós ¡tu corazón perdí!

— ¡Todo acabó en el mundo para mí!”

Así escribió su triste despedida

Momentos antes de morir, y al pecho

Se estrechó de su madre dolorida,

Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,

Y a su madre sus brazos se apretaron

Con nervioso y convulso movimiento,

Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma a la mansión dichosa

Do los ángeles moran... Tristes flores

Brota la tierra en torno de su losa;

El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,

Sombra le presta en lánguido desmayo,

Y allá en la tarde, cuando el sol declina,

Baña su tumba en paz su último rayo....

PARTE TERCERA  
CUADRO DRAMÁTICO

*Sarg.* ¿Tenéis más que parar?

*Franco.* Paro los ojos.

\* \* \* \*

Los ojos, sí, los ojos: que descreo  
Del que los hizo para tal empleo.

MORETO, *San Franco de Sena.*

PERSONAS

DON FÉLIX DE MONTEMAR

DON DIEGO DE PASTRANA

SEIS JUGADORES

En derredor de una mesa  
Hasta seis hombres están,  
Fija la vista en los naipes,  
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan  
El despecho y el afán:  
Por perder desesperados,  
Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,  
Sin que lo rompa jamás  
Otro ruido que el del oro,  
O una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbra  
Con trémula claridad  
Negras de humo las paredes  
De aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido  
Se escucha del huracán,  
Que azota los vidrios frágiles  
Con sus alas al pasar.

ESCENA I

JUGADOR PRIMERO

El caballo aún no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO

¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO

La sota.

JUGADOR SEGUNDO

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO

Un caudal llevo perdido.  
¡Voto a Cristo!

JUGADOR SEGUNDO

No juréis,  
Que aún no estáis en la agonía.

JUGADOR PRIMERO

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO

¿Y como cuánto perdéis?

JUGADOR PRIMERO

Mil escudos y el dinero  
Que don Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO

¿Dónde anda?

ESPRONCEDA

JUGADOR PRIMERO

¡Qué sé yo!

No tardará.

JUGADOR TERCERO

Envido.

JUGADOR PRIMERO

Quiero.

## ESCENA II

Galán de talle gentil,  
 La mano izquierda apoyada  
 En el pomo de la espada,  
 Y el aspecto varonil:

Alta el ala del sombrero  
 Porque descubra la frente,  
 Con airoso continente  
 Entró luego un caballero.

JUGADOR PRIMERO

*(Al que entra.)*

Don Félix, a buena hora  
 Habéis llegado.

D. FÉLIX

¿Perdisteis?

JUGADOR PRIMERO

El dinero que me disteis  
 Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO

Don Félix de Montemar  
 Debe perder. El amor



Le negara su favor  
 Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX (*con desdén*)

Necesito ahora dinero  
 Y estoy hastiado de amores.

(*Al corro con altivez.*)

Dos mil ducados, señores,  
 Por esta cadena quiero.

(*Quitase una cadena que lleva al pecho.*)

JUGADOR TERCERO

Alta ponéis la tarifa.

D. FÉLIX (*con altivez*)

La pongo en lo que merece.  
 Si otra duda se os ofrece,  
 Decid.

(*Al corro.*)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO (*aparte*)

¿Y hay quién sufra tal afrenta?

D. FÉLIX

Entre cinco están hallados.  
 A cuatrocientos ducados  
 Os toca, según mi cuenta.  
 Al as de oros. Allá va.

(*Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.*)

Uno, dos...

(*Al perdidoso.*)

Con vos no cuento.

JUGADOR PRIMERO

Por el motivo lo siento.

## ESPRONCEDA

JUGADOR TERCERO

¡El as! ¡el as! aquí está.

JUGADOR PRIMERO

Ya ganó.

D. FÉLIX

Suerte tenéis.

A un solo golpe de dados  
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO

¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO (*a don Félix*)

Los perdéis.

D. FÉLIX

Perdida tengo yo el alma,  
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO

Tirad.

D. FÉLIX

Al primer envite.

JUGADOR TERCERO

Tirad pronto.

D. FÉLIX

Tened calma,  
Que os juego más todavía,  
Y en cien onzas hago el trato,  
Y os lleváis este retrato  
Con marco de pedrería.

JUGADOR TERCERO

¿En cien onzas?

D. FÉLIX

¿Qué dudáis?

JUGADOR PRIMERO (*tomando el retrato*)

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO

No es caro.

D. FÉLIX

¿Queréis pararlas?

JUGADOR TERCERO

Las paro.

Mas ganaré.

D. FÉLIX

Si ganáis (*se registra todo*),  
No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO (*mirando el retrato*)

Si esta imagen respirara....

D. FÉLIX

A estar aquí la jugara  
A ella, al retrato y a mí.

JUGADOR TERCERO

Vengan los dados.

D. FÉLIX

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO

Por don Félix cien ducados.

## ESPRONCEDA

JUGADOR CUARTO

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO

Cincuenta más. Esperad,  
No tiréis.

JUGADOR SEGUNDO

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO

Yo, sin blanca, a Dios le ruego  
Por don Félix.

JUGADOR QUINTO

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO

¿Tiro?

D. FÉLIX

Tirad con sesenta  
De a caballo.*(Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa.  
El tercer jugador tira los dados.)*

JUGADOR CUARTO

¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO

¡Mil demonios, que a los dos  
Nos lleven!D. FÉLIX (*con calma al PRIMERO*)¡Bien, vive Dios,  
Vuestros ruegos me han valido!  
Encomendadme otra vez,

Don Juan, al diablo; no sea  
Que si os oye Dios, me vea  
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO

Don Félix, habéis perdido  
Solo el marco, no el retrato,  
Que entrar la dama en el trato  
Vuestra intención no habrá sido.

D. FÉLIX

¿Cuánto dierais por la dama?

JUGADOR TERCERO

Yo, la vida.

D. FÉLIX

No la quiero.

Mirad si me dais dinero,  
Y os la lleváis.

JUGADOR TERCERO

¡Buena fama  
Lograréis entre las bellas  
Cuando descubran altivas  
Que vos las hacéis cautivas,  
Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX

Eso a vos no importa nada.  
¿Queréis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO

Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX (*con cólera*)

Vos habláis con demasiada

Altivez e irreverencia  
De una mujer... ¡y si no!...

JUGADOR TERCERO

De la pintura hablé yo.

TODOS

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX (*sosegado*)

Sobre mi palabra os juego  
Mil escudos.

JUGADOR TERCERO

Van tirados.

D. FÉLIX

A otra suerte de esos dados;  
Y el diablo les prenda fuego.

### ESCENA III

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,  
Y torva la mirada, aunque afligida,  
Y en ella un firme y decidido empeño  
De dar la muerte o de perder la vida,

Un hombre entró embozado hasta los ojos,  
Sobre las juntas cejas el sombrero:  
Víbrale al rostro el corazón enojos,  
El paso firme, el ánimo altanero.

Encubierta fatídica figura. —  
Sed de sangre su espíritu secó,  
Emponzoñó su alma la amargura,  
La venganza irritó su corazón.

Junto a don Félix llega... y desatento,  
No habla a ninguno, ni aun la frente inclina;

Y en pie y delante de él y el ojo atento,  
Con iracundo rostro le examina.

Miró también don Félix al sombrío  
Huésped que en él los ojos enclavó,  
Y con sarcasmo desdeñoso y frío  
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX

Buen hombre, ¿de qué tapiz  
Se ha escapado, — el que se tapa, —  
Que entre el sombrero y la capa  
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO

Bien, don Félix, cuadra en vos  
Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX

*(Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego.)*  
Perdisteis.

JUGADOR TERCERO

Sí. La fortuna  
Se trocó: tiro y van dos.  
*(Vuelven a tirar.)*

D. FÉLIX

Gané otra vez.  
*(Al embozado.)* No he entendido  
Qué dijisteis, ni hice aprecio  
De si hablasteis blando o recio  
Cuando me habéis respondido.

D. DIEGO

A solas hablar querría.

## ESPRONCEDA

D. FÉLIX

Podéis, si os place, empezar,  
 Que por vos no he de dejar  
 Tan honrosa compañía.  
 Y si Dios aquí os envía  
 Para hacer mi conversión,  
 No despreciéis la ocasión  
 De convertir tanta gente,  
 Mientras que yo humildemente  
 Aguardo mi absolución.

D. DIEGO (*desembozándose con ira*)

Don Félix, ¿no conocéis  
 A don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX

A vos no, mas sí a una hermana  
 Que imagino que tenéis.

D. DIEGO

¿Y no sabéis que murió?

D. FÉLIX

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO

Pienso que sabéis su historia,  
 Y quién fué quien la mató.

D. FÉLIX (*con sarcasmo*)

¡Quizá alguna calentura!

D. DIEGO

¡Mentís vos!



D. FÉLIX

Calma, don Diego,  
 Que si vos os morís luego,  
 Es tanta mi desventura,  
 Que aún me lo habrán de achacar,  
 Y es en vano ese despecho.  
 Si se murió, a lo hecho, pecho.  
 Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO

Os estoy mirando y dudo  
 Si habré de manchar mi espada  
 Con esa sangre malvada,  
 O echaros al cuello un nudo  
 Con mis manos, y con mengua,  
 En vez de desafiaros,  
 El corazón arrancaros  
 Y patearos la lengua.  
 Que un alma, una vida, es  
 Satisfacción muy ligera,  
 Y os diera mil si pudiera  
 Y os las quitara después.  
 Jugo a mi labio han de dar  
 Abiertas todas tus venas,  
 Que toda tu sangre apenas  
 Basta mi sed a calmar.  
 ¡Villano!

*(Tira de la espada: todos los jugadores se interponen.)*

TODOS

Fuera de aquí  
 A armar quimera.

D. FÉLIX (*con calma levantándose*)

Tened,  
 Don Diego, la espada, y ved  
 Que estoy yo muy sobre mí,  
 Y que me contengo mucho,  
 No sé por qué, pues tan frío,  
 En mi colérico brío  
 Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO (*con furor reconcentrado y con la espada desnuda*)

Salid de aquí; que a fe mía,  
 Que estoy resuelto a mataros,  
 Y no alcanzara a libraros  
 La misma Virgen María.  
 Y es tan cierta mi intención,  
 Tan resuelta está mi alma,  
 Que hasta mi cólera calma  
 Mi firme resolución.  
 Venid conmigo.

D. FÉLIX

Allá voy;  
 Pero si os mato, don Diego,  
 Que no me venga otro luego  
 A pedirme cuenta. Soy  
 Con vos al punto. Esperad  
 Cuento el dinero...*uno...dos...*  
 (*A Don Diego.*)

Son mis ganancias; por vos  
 Pierdo aquí una cantidad  
 Considerable de oro  
 Que iba a ganar...¿y por qué?

*Diez...quince...* por no sé qué  
 Cuento de amor... ¡Un tesoro  
 Perdido!... Voy al momento.  
 Es un puro disparate  
 Empeñarse en que yo os mate:  
 Lo digo como lo siento.

D. DIEGO

Remiso andáis y cobarde  
 Y hablador en demasía.

D. FÉLIX

Don Diego, más sangre fría:  
 Para reñir nunca es tarde.  
 Y si aún fuera otro el asunto,  
 Yo os perdonara la prisa:  
 Pidierais vos una misa  
 Por la difunta, y al punto...

D. DIEGO

¡Mal caballero!...

D. FÉLIX

Don Diego,  
 Mi delito no es gran cosa.  
 Era vuestra hermana hermosa:  
 La ví, me amó, creció el fuego,  
 Se murió, no es culpa mía;  
 Y admiro vuestro candor,  
 Que no se mueren de amor  
 Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO

¿Estáis pronto?

D. FÉLIX

Están contados.

Vamos andando.

D. DIEGO

¿Os reís?

*(Con voz solemne.)*

Pensad que a morir venís.

D. FÉLIX *(sale tras de él embolsándose el dinero con indiferencia)*

Son mil trescientos ducados.

## ESCENA IV

*Los jugadores*

JUGADOR PRIMERO

Este don Diego Pastrana  
Es un hombre decidido.  
Desde Flandes ha venido  
Sólo a vengar a su hermana.

JUGADOR SEGUNDO

¡Pues no ha hecho mal disparate!  
Me da el corazón su muerte.

JUGADOR TERCERO

¿Quién sabe? acaso la suerte....

JUGADOR CUARTO

Me alegraré que lo mate.

## PARTE CUARTA

Salió, en fin, de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la mas desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, a tocar los bienes ligeramente y de pasada.

*(La protección de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)*

Spiritus quidem promptus est; caro vero infirma.  
*(S. Marc. Evang.)*

Vedle, Don Félix es, espada en mano,  
Serenos el rostro, firme el corazón,  
También de Elvira el vengativo hermano  
Sin piedad a sus pies muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta  
Por la calle fatal del Ataúd;  
Y ni medrosa aparición le espanta,  
Ni le turba la imagen de Jesús.

La moribunda lámpara que ardía  
Trémula lanza su postrer fulgor,  
Y en honda oscuridad, noche sombría  
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los pies el Montemar osado  
En las tinieblas con incierto giro,  
Cuando ya un trecho de la calle andado,  
Súbito junto a él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,  
Y a su pesar sus nervios se crisparon;  
Mas pasado el primero movimiento,  
A su primera rigidez tornaron.

“¿Quién va?” pregunta con la voz serena,  
Que ni finge valor, ni muestra miedo,  
El alma de invencible vigor llena,  
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura,  
Y a mover vuelve la atrevida planta,  
Cuando hacia él fatídica figura  
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas  
Ya disipa, y se anima, y va creciendo  
Con apagada luz, ya en las tinieblas  
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,  
Astro de clara lumbre sin mancilla,  
El horizonte lóbrego dilata  
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,  
Con más asombro que temor la mira;  
Tal vez la juzga vagorosa estrella  
Que en el espacio de los cielos gira.

Tal vez engaño de sus propios ojos,  
Forma falaz que en su ilusión creó,  
O del vino ridículos antojos  
Que al fin su juicio a alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano  
Nunca su mente a trastornar bastara,  
Que ya mil veces embriagarse en vano  
En frenéticas orgias intentara.

“Dios presume asustarme: ¡ojalá fuera,  
Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!

Que entonces, vive Dios, quién soy supiera  
El cornudo monarca del abismo.”

Al pronunciar tan insolente ultraje  
La lámpara del Cristo se encendió;  
Y una mujer, velada en blanco traje,  
Ante la imagen de rodillas vió.

“Bien venida la luz,” dijo el impío,  
“Gracias a Dios o al diablo”: y con osada,  
Firme intención y temerario brío,  
El paso vuelve a la mujer tapada.

Miéntras él anda, al parecer se alejan  
La luz, la imagen, la devota dama,  
Mas si él se pára, de moverse dejan:  
Y lágrima tras lágrima derrama

De sus ojos inmóviles la imagen.  
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira  
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,  
Rostro a rostro a Jesús, Montemar mira.

La calle parece se mueve y camina,  
Faltarle la tierra sintió bajo el pie;  
Sus ojos la muerta mirada fascina  
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,  
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,  
La lámpara alcanza con mano insolente  
Del ara do alumbra la imagen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino  
Encubre, con ánimo asaz descortés;  
Mas la luz apaga viento repentino,  
Y la blanca dama se puso de pie.

Empero un momento creyó que veía  
Un rostro que vagos recuerdos quizá  
Y alegres memorias confusas traía  
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,  
Como un sentimiento que el alma halagó,  
Que anubla la frente con rígido ceño,  
Sin que lo comprenda jamás la razón.

Su forma gallarda dibuja en las sombras  
El blanco ropaje que ondeante se ve,  
Y cual si pisara mullidas alfombras,  
Deslízase leve sin ruido su pie.

Tal vimos al rayo de la luna llena  
Fugitiva vela de lejos cruzar,  
Que ya la hinche en popa la brisa serena,  
Que ya la confunde la espuma del mar.

También la esperanza blanca y vaporosa  
Así ante nosotros pasa en ilusión,  
Y el alma conmueve con ansia medrosa  
Mientras la rechaza la adusta razón.

#### D. FÉLIX

“ ¡Qué! ¿sin respuesta me deja?  
¿No admitís mi compañía?  
¿Será quizá alguna vieja  
Devota?... ¡Chasco sería!

“ En vano, dueña, es callar,  
Ni hacerme señas que no:  
He resuelto que sí yo,  
Y os tengo de acompañar.



“Y he de saber dónde vais  
 Y si sois hermosa o fea,  
 Quién sois y cómo os llamáis,  
 Y aun cuando imposible sea,

“Y fuerais vos Satanás  
 Con sus llamas y sus cuernos,  
 Hasta en los mismos infiernos,  
 Vos delante y yo detrás,

“Hemos de entrar ¡vive Dios!  
 Y aunque lo estorbara el cielo,  
 Que yo he de cumplir mi anhelo  
 Aun a despecho de vos:

“Y perdonadme, señora,  
 Si hay en mi empeño osadía,  
 Mas fuera descortesía  
 Dejaros sola a esta hora:

“Y me va en ello mi fama,  
 Que juro a Dios no quisiera  
 Que por temor se creyera  
 Que no he seguido a una dama.”

Del hondo del pecho profundo gemido,  
 Crujido del vaso que estalla al dolor,  
 Que apenas medroso lastima el oído,  
 Pero que punzante rasga el corazón;

Gemido de amargo recuerdo pasado,  
 De pena presente, de incierto pesar,  
 Mortífero aliento, veneno exhalado  
 Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de muerte lanzó y silenciosa  
 La blanca figura su pie resbaló,

Cual mueve sus alas sílfide amorosa  
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un día  
La dicha que eterna creyó el corazón,  
Y en noche de nieblas, y en honda agonía  
En un mar sin playas muriendo quedó!...

Y solo y llevando consigo en su pecho,  
Compañero eterno su dolor crüel,  
El mágico encanto del alma deshecho,  
Su pena, su amigo y su amante más fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,  
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,  
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,  
Insensible el cielo y el mundo à su mal...

Y ha visto la luna brillar en el cielo  
Serena y en calma mientras él lloró,  
Y ha visto los hombres pasar en el suelo  
Y nadie a sus quejas los ojos volvió.

Y él mismo, la befa del mundo temblando,  
Su pena en su pecho profunda escondió,  
Y dentro en su alma su llanto tragando  
Con falsa sonrisa su labio vistió...

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,  
Horas otro tiempo que abrevió el placer,  
Y hoy sólo y llorando piensa cómo huyeron  
Con ellas por siempre las dichas de ayer.

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,  
No huyeron del mundo, que en el mundo están,  
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,  
Y aquellos placeres para él no son ya.

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,  
 ¡Ay! el que la triste realidad palpó,  
 El que el esqueleto de este mundo mira,  
 Y sus falsas galas loco le arrancó...

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado!...  
 ¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,  
 Las horas que huyeron llamara angustiado,  
 Las horas que huyeron y no tornarán...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,  
 Quien noches enteras contó sin dormir  
 En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,  
 Horas sempiternas de ansiedad sin fin...

Quien haya sentido quererse del pecho  
 Saltar a pedazos roto el corazón;  
 Crecer su delirio, crecer su despecho;  
 Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,  
 Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,  
 Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,  
 Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán...

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,  
 Unica respuesta que a don Félix dió,  
 Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,  
 Hubiera pesado su inmenso valor.

#### D. FÉLIX

“Si buscáis algún ingrato,  
 Yo me ofrezco agradecido;  
 Pero o miente ese recato,  
 O vos sufrís el mal trato  
 De algún celoso marido.

“¿Acerté? ¡Necia manía!  
 Es para volverme loco,  
 Si insistís en tal porfía;  
 Con los mudos, reina mía,  
 Yo hago mucho y hablo poco.”

Segunda vez importunada en tanto,  
 Una voz de süave melodía  
 El estudiante oyó que parecía  
 Eco lejano de armonioso canto:

De amante pecho lánguido latido,  
 Sentimiento inefable de ternura,  
 Suspiro fiel de amor correspondido,  
 El primer sí de la mujer aún pura.

“Para mí los amores acabaron:  
 Todo en el mundo para mí acabó:  
 Los lazos que a la tierra me ligaron,  
 El cielo para siempre desató.”

Dijo su acento misterioso y tierno,  
 Que de otros mundos la ilusión traía,  
 Eco de los que ya reposo eterno  
 Gozan en paz bajo la tumba fría.

Montemar, atento sólo a su aventura,  
 Que es bella la dama y aun fácil juzgó,  
 Y la hora, la calle y la noche oscura  
 Nuevos incentivos a su pecho son.

— Hay riesgo en seguirme. — Mirad ¡qué reparo!  
 — Quizá luego os pese. — Puede que por vos.  
 — Ofendéis al cielo. — Del diablo me amparo.  
 — Idos, caballero, no tentéis a Dios. —

— Siento me enamora más vuestro despego,  
 Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:  
 Véame en vuestros brazos y máteme luego.  
 — ¡Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, don Félix, delirios mundanos. —  
 — ¡Hola, me conoce! — ¡Ay! ¡temblad por vos!  
 ¡Temblad no se truequen deleites livianos  
 En penas eternas! — Basta de sermón.

Que yo para oírlos la cuaresma espero;  
 Y hablemos de amores, que es más dulce hablar,  
 Dejad ese tono solemne y severo,  
 Que os juro, señora, que os sienta muy mal;

La vida es la vida: cuando ella se acaba,  
 Acaba con ella también el placer.  
 ¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?  
 Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora  
 O en buena, cual dicen, ¿qué me importa a mí?  
 Goce yo el presente, disfrute yo ahora,  
 Y el diablo me lleve siquiera al morir.

— ¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío! —  
 La figura fatídica exclamó:  
 Y en tanto al pecho redoblar su brío  
 Siente don Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,  
 Plazas solitarias,  
 Arruinados muros,  
 Donde sus plegarias  
 Y falsos conjuros,  
 En la misteriosa

Noche borrascosa,  
Maldecida bruja  
Con ronca voz canta,  
Y de los sepulcros  
Los muertos levanta,  
Y suenan los ecos  
De sus pasos huecos  
En la soledad;  
Mientras en silencio  
Yace la ciudad,  
Y en lúgubre són  
Arrulla su sueño  
Bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,  
Y más allá y más allá:  
Ni tiene término el viaje,  
Ni nunca dejan de andar.  
Y atraviesan, pasan, vuelven,  
Cien calles quedando atrás,  
Y paso tras paso siguen,  
Y siempre adelante van:  
Y a confundirse ya empieza  
Y a perderse Montemar,  
Que ni sabe a dó camina,  
Ni acierta ya dónde está:  
Y otras calles, otras plazas  
Recorre y otra ciudad,  
Y ve fantásticas torres  
De su eterno pedestal  
Arrancarse, y sus macizas,  
Negras masas caminar,  
Apoyándose en sus ángulos

Que en la tierra, en desigual,  
Perezoso tranco fijan;  
Y a su monótono andar,  
Las campanas sacudidas  
Misteriosos dobles dan;  
Mientras en danzas grotescas,  
Y al estruendo funeral,  
En derredor cien espectros  
Danzan con torpe compás:  
Y las veletas sus frentes  
Bajan ante él al pasar,  
Los espectros le saludan,  
Y en cien lenguas de metal  
Oye su nombre en los ecos  
De las campanas sonar.  
Mas luego cesa el estrépito,  
Y en silencio, en muda paz  
Todo queda, y desaparece  
De súbito la ciudad:  
Palacios, templos, se cambian  
En campos de soledad,  
Y en un yermo y silencioso,  
Melancólico arenal,  
Sin luz, sin aire, sin cielo,  
Perdido en la inmensidad.  
Tal vez piensa que camina,  
Sin poder parar jamás,  
De extraño empuje llevado  
Con precipitado afán;  
Entre tanto que su guía  
Delante de él sin hablar,  
Sigue misterioso, y sigue  
Con paso rápido, y ya

Se remonta ante sus ojos  
En alas del huracán,  
Visión sublime, y su frente  
Ve fosfórica brillar  
Entre lívidos relámpagos  
En la densa oscuridad,  
Sierpes de luz, luminosos  
Engendros del vendaval:  
Y cuando duda si duerme,  
Si tal vez sueña o está  
Loco, si es tanto prodigio,  
Tanto delirio verdad,  
Otra vez en Salamanca  
Súbito vuélvese a hallar,  
Distingue los edificios,  
Reconoce en donde está,  
Y en su delirante vértigo  
Al vino vuelve a culpar,  
Y jura, y siguen andando  
Ella delante, él detrás.

“ ¡Vive Dios! dice entre sí,  
O Satanás se chancea,  
O no debo estar en mí,  
O el Málaga que bebí  
En mi cabeza aún humea.

“ Sombras, fantasmas, visiones...  
Dale con tocar a muerto,  
Y en revueltas confusiones,  
Danzando estos torreones  
Al compás de tal concierto.

“ Y el juicio voy a perder  
Entre tantas maravillas,



Que estas torres llegué a ver,  
 Como mulas de alquiler,  
 Andando con campanillas.

“Y esta mujer ¿quién será?  
 Mas si es el diablo en persona,  
 ¿A mí qué diantre me da?  
 Y más que el traje en que va  
 En esta ocasión, le abona.

“Noble señora, imagino  
 Que sois nueva en el lugar:  
 Andar así es desatino:  
 O habéis perdido el camino,  
 O esto es andar por andar.

“Ha dado en no responder,  
 Que es la más rara locura  
 Que puede hallarse en mujer,  
 Y en que yo la he de querer  
 Por su paso de andadura.”

En tanto don Félix a tientas seguía,  
 Delante camina la blanca visión,  
 Triplica su espanto la noche sombría,  
 Sus hórridos gritos redobla Aquilón.

Rechinan girando las férreas veletas,  
 Crujir de cadenas se escucha sonar,  
 Las altas campanas, por el viento inquietas,  
 Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene,  
 A compás marchando con sordo rumor,  
 Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,  
 Y rezar parece en confuso són,

Llegó de don Félix luego a los oídos,  
Y luego cien luces a lo lejos vió,  
Y luego, en hileras largas divididos,  
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venían;  
Y luego más cerca con asombro ve,  
Que un féretro en medio y en hombros traían  
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,  
Infernal arcano parece encubrir.  
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo  
Cuando todo anuncia que habrá de morir,

Al hombre, que loco la recia tormenta  
Corrió de la vida, del viento a merced,  
Cuando una voz triste las horas le cuenta,  
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma  
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,  
Quien, como don Félix, con serena calma  
Ni en Dios ni en el diablo se ponga a pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,  
El lúgubre entierro ya cerca llegó,  
Y la blanca dama devota rezando,  
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pie, indiferente  
El féretro mira don Félix pasar,  
Y al paso pregunta con su aire insolente  
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,  
Cuando horrorizado con espanto ve

Que el uno don Diego de Pastrana era,  
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él...!

Él mismo, su imagen, su misma figura,  
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:  
Y duda, y se palpa, y fría pavura  
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron  
Los nervios del hombre, y un punto temió;  
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,  
Pronto su fiereza volvió al corazón.

“Lo que es, dijo, por Pastrana,  
Bien pensado está el entierro;  
Mas es diligencia vana  
Enterrarme a mí, y mañana  
Me he de quejar de este yerro.

“Diga, señor enlutado,  
¿A quién llevan a enterrar?  
— Al estudiante endiablado  
Don Félix de Montemar, —  
Respondió el encapuchado.

“Mientes, truhán. — No por cierto. —  
Pues decidme a mí quién soy,  
Si gustáis, porque no acierto  
Cómo a un mismo tiempo estoy  
Aquí vivo y allí muerto.

— “Yo no os conozco. — Pardiez,  
Que si me llego a enojar,  
Tus burlas te haga llorar  
De tal modo, que otra vez  
Conozcas ya a Montemar.

“ ¡Villano!...mas esto es  
 Ilusión de los sentidos,  
 El mundo que anda al revés.  
 Los diablos entretenidos  
 En hacerme dar traspies.

“ ¡El fanfarrón de don Diego!  
 De sus mentiras reniego,  
 Que cuando muerto cayó,  
 Al infierno se fué luego  
 Contando que me mató.”

Diciendo así, soltó una carcajada,  
 Y las espaldas con desdén volvió:  
 Se hizo el bigote, requirió la espada,  
 Y a la devota dama se acercó.

“ Conque, en fin, ¿dónde vivís?  
 Que se hace tarde, señora.  
 — Tarde, aún no; de aquí a una hora  
 Lo será. — Verdad decís,  
 Será más tarde que ahora.

“ Esa voz con que hacéis miedo  
 De vos me enamora más:  
 Yo me he echado el alma atrás;  
 Juzgad si me dará un bledo  
 De Dios ni de Satanás.

— “ Cada paso que avanzáis  
 Lo adelantáis a la muerte,  
 Don Félix. ¿Y no tembláis,  
 Y el corazón no os advierte  
 Que a la muerte camináis?”

Con eco melancólico y sombrío  
 Dijo así la mujer, y el sordo acento,

Sonando en torno del mancebo impío,  
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,  
Bajo sus pies la tierra retembló,  
Las aves de la noche se juntaron,  
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes  
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,  
Siempre sobre él saltándose anhelantes:  
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló: mano a la espada  
Puso y la sombra intrépido embistió,  
Y ni sombra encontró ni encontró nada;  
Sólo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,  
Y rechinó los dientes y maldijo,  
Y en él creciendo el infernal anhelo,  
Con voz de enojo blasfemando dijo:

“Seguid, señora, y adelante vamos:  
Tanto mejor si sois el diablo mismo,  
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,  
Y acábase por fin tanto embolismo.

“Que de tanto sermón, de farsa tanta,  
Juro, pardiez, que fatigado estoy:  
Nada mi firme voluntad quebranta;  
Sabed en fin que donde vayáis voy.

“Un término no más tiene la vida:  
Término fijo; un paradero el alma:  
Ahora adelante.” Dijo, y en seguida  
Camina en pos con decidida calma.

Y la dama a una puerta se paró,  
Y era una puerta altísima, y se abrieron  
Sus hojas en el punto en que llamó,  
Que a un misterioso impulso obedecieron,  
Y tras la dama el estudiante entró:  
Ni pajes ni doncellas acudieron:  
Y cruzan a la luz de unas bujías  
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la visión como engañoso encanto,  
Por las losas deslízase sin ruido,  
Toda encubierta bajo el blanco manto  
Que barre el suelo en pliegues desprendido.  
Y por el largo corredor en tanto  
Sigue adelante y síguela atrevido,  
Y su temeridad raya en locura,  
Resuelto Montemar a su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,  
Lánguida luz y cárdena esparcían,  
Y en torno en movimientos desiguales  
Las sombras se alejaban o venían:  
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,  
Urnas allí y estatuas se veían,  
Rotas columnas, patios mal seguros,  
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,  
Edificio sin base ni cimiento  
Ondula cual fantástico navío  
Que anclado mueve borrascoso viento.  
En un silencio aterrador y frío  
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento  
Humano nunca se escuchó: callado,  
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas a las muertas horas  
 Siguen en el reloj de aquella vida,  
 Sombras de horror girando aterradoras,  
 Que allá aparecen en medrosa huída;  
 Ellas solas y tristes moradoras  
 De aquella negra, funeral guarida,  
 Cual soñada fantástica quimera,  
 Vienen a ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos  
 Del fondo de la larga galería,  
 Que brillan lejos cual carbones rojos,  
 Y espantaran la misma valentía:  
 Y muestran en su rostro sus enojos  
 Al ver hollada su mansión sombría,  
 Y ora en grupos delante se aparecen,  
 Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,  
 Alta la frente, Montemar camina,  
 Espíritu sublime en su locura,  
 Provocando la cólera divina:  
 Fábrica frágil de materia impura,  
 El alma que la alienta y la ilumina,  
 Con Dios le iguala, y con osado vuelo  
 Se alza a su trono y le provoca a duelo.

Segundo Lucifer que se levanta  
 Del rayo vengador la frente herida,  
 Alma rebelde que el temor no espanta,  
 Hollada sí, pero jamás vencida:  
 El hombre en fin que en su ansiedad quebranta  
 Su límite a la cárcel de la vida,  
 Y a Dios llama ante él a darle cuenta,  
 Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,  
Cruza aquella quimérica morada,  
Con atrevida indiferencia andando,  
Mofa en los labios, y la vista osada:  
Y el rumor que sus pasos van formando,  
Y el golpe que al andar le da la espada,  
Tristes ecos, siguiéndole detrás,  
Repite con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido  
Que de aquella mansión los ecos llena,  
En el suelo y los techos repetido,  
En su profunda soledad resuena:  
Y espira allá cual funeral gemido  
Que lanza en su dolor la ánima en pena,  
Que al fin del corredor largo y oscuro  
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,  
Mundo de sombras, vida que es un sueño,  
Vida, que con la muerte confundida,  
Ciñe sus sienes con letal beleño;  
Mundo, vaga ilusión descolorida  
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,  
Son aquel ruido y su locura insana,  
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía  
De la alma dicha la ilusión parece,  
Que ora acaricia la esperanza impía,  
Ora al tocarla ya se desvanece:  
Blanca, flotante nube, que en la umbría  
Noche, en alas del céfiro se mece,  
Su airosa ropa, desplegada al viento,  
Semeja en su callado movimiento:



Humo süave de quemado aroma  
 Que al aire en ondas a perderse asciende,  
 Rayo de luna que en la parda loma,  
 Cual un broche su cima al éter prende;  
 Silfa que con el alba envuelta asoma  
 Y al nebuloso azul sus alas tiende,  
 De negras sombras y de luz teñidas,  
 Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,  
 Que apenas toca con los pies al suelo,  
 Cruza aquella morada tenebrosa  
 La mágica visión del blanco velo:  
 Imagen fiel de la ilusión dichosa  
 Que acaso el hombre encontrará en el cielo,  
 Pensamiento sin fórmula y sin nombre,  
 Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,  
 Montemar sigue su callada guía,  
 Y una de mármol negro va bajando  
 De caracol torcida gradería,  
 Larga, estrecha y revuelta, y que girando  
 En torno de él y sin cesar veía  
 Suspendida en el aire y con violento,  
 Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino,  
 Infinito prolóngase y se extiende,  
 Y el juicio pone en loco desatino  
 A Montemar que en tumbos mil descende,  
 Y envuelto en el violento torbellino  
 Al aire se imagina, y se desprende,  
 Y sin que el raudo movimiento ceda,  
 Mil vueltas dando, a los abismos rueda:

Y de escalón en escalón cayendo,  
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,  
Y su furioso vértigo creciendo,  
Y despeñado rápido al profundo,  
Los silbos ya del huracán oyendo,  
Ya ante él pasando en confusión el mundo,  
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,  
Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,  
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,  
Y en mil grupos acá y allá reunidos,  
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,  
Hombres, mujeres, todos confundidos,  
Con sandia pena, con alegres gestos,  
Que con asombro estúpido le miran  
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente pára,  
Y un punto sin sentido se quedó;  
Mas luego valeroso se repara,  
Abrió los ojos y de pie se alzó:  
Y fué el primer objeto en que pensara  
La blanca dama, y al redor miró,  
Y al pie de un triste monumento hallóla  
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento  
Que en medio de la estancia se elevaba,  
Y a un tiempo a Montemar ¡raro portento!  
Una tumba y un lecho semejaba:  
Ya imaginó su loco pensamiento  
Que abierta aquella tumba le aguardaba;  
Ya imaginó también que el lecho era  
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto, recobrada su osadía,  
 Y a terminar resuelto su aventura,  
 Al cielo y al infierno desafia  
 Con firme pecho y decisión segura:  
 A la blanca visión su planta guía,  
 Y a descubrirse el rostro la conjura,  
 Y a sus pies Montemar tomando asiento,  
 Así la habló con animoso acento:

“Diablo, mujer o visión,  
 Que, a juzgar por el camino  
 Que conduce a esta mansión,  
 Eres puro desatino  
 O diabólica invención:

“Siquier de parte de Dios,  
 Siquier de parte del diablo,  
 ¿Quién nos trajo aquí a los dos?  
 Decidme en fin ¿quién sois vos?  
 Y sepa yo con quién hablo:

“Que más que nunca palpita  
 Resuelto mi corazón,  
 Cuando en tanta confusión,  
 Y en tanto arcano que irrita,  
 Me descubre mi razón

“Que un poder aquí supremo,  
 Invisible se ha mezclado,  
 Poder que siento y no temo,  
 A llevar determinado  
 Esta aventura al extremo.”

Fúnebre  
 Llanto  
 De amor,

Óyese  
En tanto  
En son

Flébil, blando,  
Cual quejido  
Dolorido  
Que del alma  
Se arrancó:  
Cual profundo  
¡Ay! que exhala

Moribundo  
Corazón.

Música triste,  
Lánguida y vaga,  
Que a par lastima  
Y el alma halaga;  
Dulce armonía  
Que inspira al pecho  
Melancolía,  
Como el murmullo  
De algún recuerdo  
De antiguo amor,  
A un tiempo arrullo  
Y amarga pena  
Del corazón.

Mágico embeleso,  
Cántico ideal,  
Que en los aires vaga  
Y en sonoras ráfagas  
Aumentado va:  
Sublime y oscuro,

Rumor prodigioso,  
 Sordo acento lúgubre,  
 Eco sepulcral,  
 Músicas lejanas,  
 De enlutado parche  
 Redoble monótono,  
 Cercano huracán,  
 Que apenas la copa  
 Del árbol menea  
 Y bramando está:  
 Olas alteradas  
 De la mar bravía,  
 En noche sombría  
 Los vientos en paz,  
 Y cuyo rugido  
 Se mezcla al gemido  
 Del muro que trémulo  
 Las siente llegar:  
 Pavoroso estrépito,  
 Infalible présago  
 De la tempestad.

Y en rápido *crescendo*,  
 Los lúgubres sonidos  
 Mas cerca vanse oyendo  
 Y en ronco rebramar;  
 Cual trueno en las montañas  
 Que retumbando va,  
 Cual rugen las entrañas  
 De horrisono volcán.

Y algazara y gritería,  
 Crujir de afilados huesos,  
 Rechinamiento de dientes

Y retemblar los cimientos,  
Y en pavoroso estallido  
Las losas del pavimento,  
Separando sus juntas,  
Irse poco a poco abriendo,

Siente Montemar, y el ruido  
Mas cerca crece, y a un tiempo  
Escucha chocarse cráneos,  
Ya descarnados y secos,  
Temblar en torno la tierra,  
Bramar combatidos vientos,  
Rugir las airadas olas,  
Estallar el ronco trueno,  
Exhalar tristes quejidos  
Y prorumpir en lamentos:  
Todo en furiosa armonía,  
Todo en frenético estruendo  
Todo en confuso trastorno,  
Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece  
Confuso y mezclado en un són,  
Que ronco en las bóvedas hondas  
Tronando furioso zumbó;  
Y un eco que agudo parece  
Del ángel del juicio la voz,  
En tiple, punzante alarido  
Medroso y sonoro se alzó;  
Sintió, removidas las tumbas,  
Crujir a sus pies con fragor,  
Chocar en las piedras los cráneos  
Con rabia y ahinco feroz,  
Romper intentando la losa,

Y huir de su eterna mansión,  
 Los muertos, de súbito oyendo  
 El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido  
 Desquiciarse la estancia sintió,  
 Y al tremendo tartáreo rüido  
 Cien espectros alzarse miró:  
 De sus ojos los huecos fijaron  
 Y sus dedos enjutos en él;  
 Y después entre sí se miraron,  
 Y a mostrarle tornaron después;  
 Y enlazadas las manos siniestras,  
 Con dudoso, espantado ademán  
 Contemplando, y tendidas sus diestras  
 Con asombro al osado mortal,  
 Se acercaron despacio, y la seca  
 Calavera, mostrando temor,  
 Con inmóvil, irónica mueca  
 Inclinaron, formando en redor.

Y entonces la visión del blanco velo  
 Al fiero Montemar tendió una mano,  
 Y era su tacto de crispante hielo,  
 Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, crüel, nerviosa y fría,  
 Histérica y horrible sensación,  
 Toda la sangre coagulada envía  
 Agolpada y helada al corazón...

Y a su despecho y maldiciendo al cielo,  
 De ella apartó su mano Montemar,  
 Y temerario alzándola a su velo,  
 Tirando de él la descubrió la faz.

*¡Es su esposo!!* los ecos retumbaron;  
*¡La esposa al fin que su consorte halló!!*  
 Los espectros con júbilo gritaron:  
*¡Es el esposo de su eterno amor!!*

Y ella entonces gritó: *¡Mi esposo!!* Y era  
 (¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)  
 Una sórdida, horrible calavera,  
 La blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,  
 Airoso, aunque el rostro con mortal color,  
 Traspasado el pecho de fiera estocada,  
 Aún brotando sangre de su corazón,

Se acerca y le dice, su diestra tendida,  
 Que impávido estrecha también Montemar:  
 — “Al fin la palabra que disteis cumplida,  
 Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

“Mi muerte os perdono. — Por cierto, don Diego,  
 Repuso don Félix tranquilo a su vez,  
 Me alegro de veros con tanto sosiego,  
 Que a fe no esperaba volveros a ver.

“En cuanto a ese espectro que decís mi esposa,  
 Raro casamiento veníisme a ofrecer:  
 Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;  
 Mas no se os figure que os quiera ofender.

“Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,  
 Y espero no salga fallido mi plan,  
 Que en caso tan raro y mi esposa muerta,  
 Tanto como viva no me cansará.

“Mas antes decidme si Dios o el demonio  
 Me trajo a este sitio, que quisiera ver



Al uno o al otro, y en mi matrimonio  
Tener por padrino siquiera a Luzbel:

“Cualquiera o entrambos con su corte toda,  
Estando estos nobles espectros aquí,  
No perdiera mucho viniendo a mi boda...  
Hermano don Diego, ¿no pensáis así?”

Tal dijo don Félix con fruncido ceño,  
En torno arrojando con fiero ademán  
Miradas audaces de altivo desdén,  
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,  
Los fríos, largos y asquerosos brazos,  
Le enreda en tanto en apretados lazos,  
Y ávido le acaricia en su ansiedad:  
Y con su boca cavernosa busca  
La boca a Montemar, y a su mejilla  
La árida, descarnada y amarilla  
Junta y refriega repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,  
Aún mas sus nudos que se aprietan siente,  
Baña un mar de sudor su ardida frente  
Y crece en su impotencia su furor.  
Pugna con ansia a desasirse en vano,  
Y cuanto más airado forcejea,  
Tanto más se le junta y le desea  
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,  
Y en aérea fantástica danza,  
Que la mente del hombre no alcanza  
En su rápido curso a seguir,

Los espectros su ronda empezaron,  
Cual en círculos raudos el viento  
Remolinos de polvo violento  
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos,  
Resonando cual lúgubre eco,  
Levantóse en su cóncavo hueco  
Semejante a un aullido una voz  
Pavorosa, monótona, informe,  
Que pronuncia sin lengua su boca,  
Cual la voz que del áspera roca  
En los senos el viento formó.

“ Cantemos, dijeron sus gritos,  
La gloria, el amor de la esposa,  
Que enlaza en sus brazos dichosa,  
Por siempre al esposo que amó:  
Su boca a su boca se junte,  
Y selle su eterna delicia,  
Süave, amorosa caricia  
Y lánguido beso de amor.

“ Y en mutuos abrazos unidos,  
Y en blando y eterno reposo,  
La esposa enlazada al esposo  
Por siempre descansen en paz:  
Y en fúnebre luz ilumine  
Sus bodas fatídica tea,  
Les brinde deleites, y sea  
La tumba su lecho nupcial.”

Mientras, la ronda frenética  
Que en raudo giro se agita,  
Mas cada vez precipita

Su vértigo sin ceder;  
Mas cada vez se atropella,  
Mas cada vez se arrebata,  
Y en círculos se desata  
Violentos más cada vez:

Y escapa en rueda quimérica  
Y negro punto parece  
Que en torno se desvanece  
A la fantástica luz,  
Y sus lúgubres aullidos  
Que pavorosos se extienden,  
Los aires rápidos hienden  
Más prolongados aún.

Y a tan continuo vértigo  
A tan funesto encanto,  
A tan horrible canto,  
A tan tremenda lid;  
Entre los brazos lúbricos  
Que aprémianle sujeto,  
Del hórrido esqueleto,  
Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo,  
Su cuerpo ya rendido,  
Sintió desfallecido  
Faltarle, Montemar;  
Y a par que más su espíritu  
Desmiente su miseria,  
La flaca, vil materia  
Comienza a desmayar.

Y siente un confuso,  
Loco devaneo,

Languidez, mareo  
Y angustioso afán:  
Y sombras y luces,  
La estancia que gira  
Y espíritus mira  
Que vienen y van.

Y luego a lo lejos,  
Flébil en su oído,  
Eco dolorido  
Lánguido sonó,  
Cual la melodía  
Que el aura amorosa,  
Y el aura armoniosa  
De noche formó:

Y siente luego  
Su pecho ahogado  
Y desmayado,  
Turbios sus ojos,  
Sus graves párpados,  
Flojos caer:  
La frente inclina  
Sobre su pecho,  
Y a su despecho,  
Siente sus brazos  
Lánguidos, débiles  
Desfallecer.

Y vió luego  
Una llama  
Que se inflama  
Y murió;

Y perdido,  
Oyó el eco  
De un gemido  
Que espiró.

Tal dulce  
Suspira  
La lira  
Que hirió  
En blando  
Concento  
Del viento  
La voz,

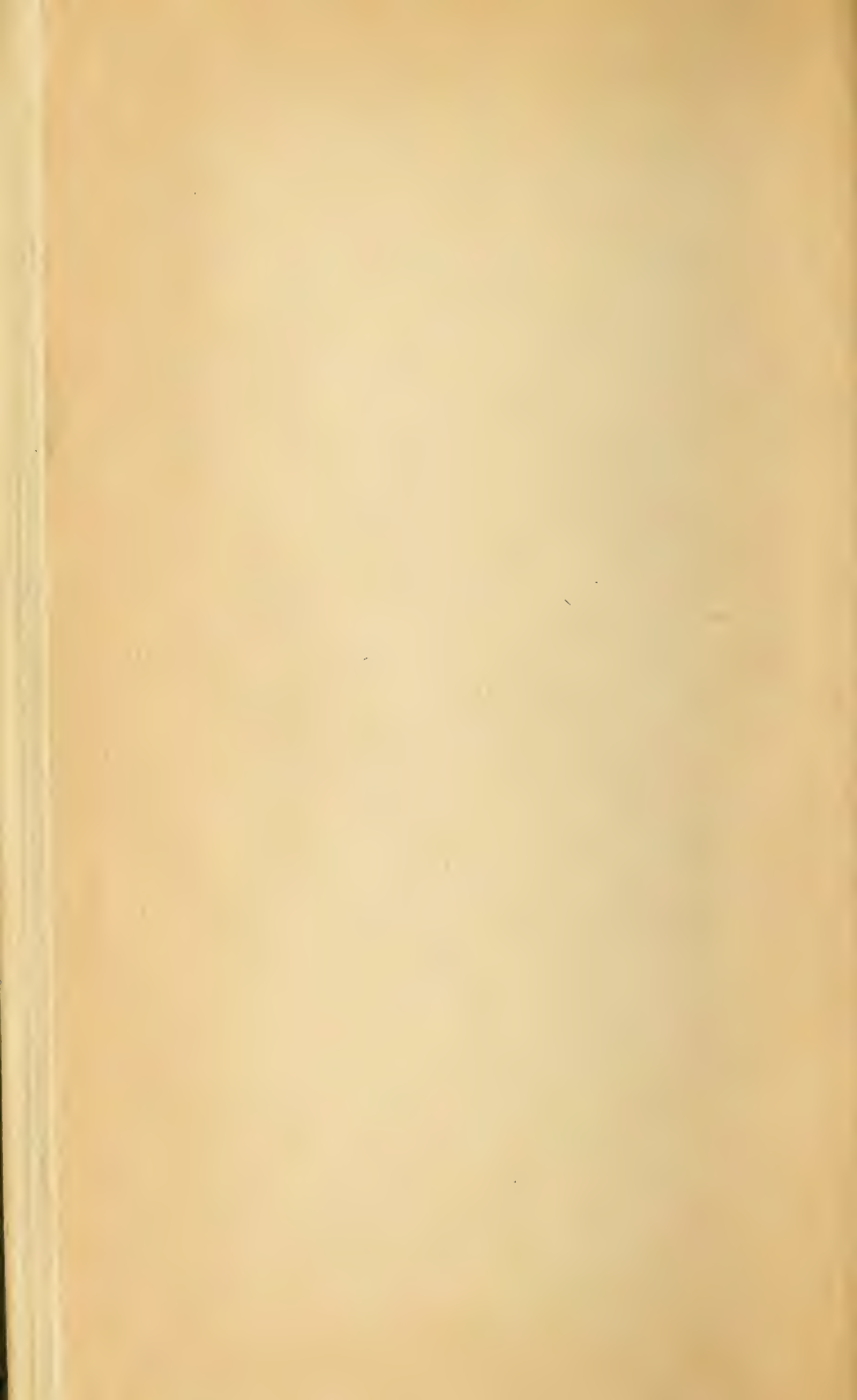
Leve,  
Breve  
Són.

En tanto en nubes de carmín y grana  
Su luz el alba arrebolada envía,  
Y alegre regocija y engalana  
Las altas torres el naciente día:  
Serenos el cielo, calma la mañana,  
Blanda la brisa, trasparente y fría,  
Vierte a la tierra el sol con su hermosura  
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huían  
Sus sombras y quiméricas mujeres,  
Y a su silencio y calma sucedían  
El bullicio y rumor de los talleres:  
Y a su trabajo y a su afán volvían  
Los hombres y a sus frívolos placeres,  
Algunos hoy volviendo a su faena .  
De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca  
Del pecho pecador y empedernido,  
Que en forma de mujer y en una blanca  
Túnica misteriosa revestido,  
Aquella noche el diablo a Salamanca  
Había en fin por Montemar venido!...  
*Y si, lector, dijeres ser comento,*  
*Como me lo contaron, te lo cuento.*











185737

LS

Author Espronceda, José de

L779e

Title El estudiante de Salamanca.

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

*Espronceda*

